

Comentario al evangelio del martes, 28 de enero de 2014

Queridos hermanos:

Las palabras de los profetas iban siempre más allá de lo convencional y comúnmente aceptado; frecuentemente desconcertante. Todavía hoy nos siguen desconcertando las palabras del profeta de Nazaret, que rondan la descalificación de sus parientes, incluida su madre. El evangelista Marcos no se ha recatado en presentarnos ese rasgo “escandaloso” de Jesús. ¡Tantas veces nos han exhortado a vivir una sólida espiritualidad mariana con el argumento de que nada sería tan del agrado de Jesús como la alabanza dirigida a su madre, el reconocimiento de la singular grandeza de esa mujer!

Jesús nunca descalificó la familia humana, sino que la enaltecía como institución querida por el creador. A quienes le preguntaban por lo que había que practicar “para entrar en la vida”, él les respondía con algunos mandamientos del decálogo, entre ellos el de “honrar padre y madre” (Mc 10,19). A quienes, so pretexto de piedad y de dar limosnas al templo, descuidaban la atención a sus padres necesitados, les reprochó que “sustituían el mandamiento de Dios por tradiciones humanas” (Mc 7,9).

Pero Jesús al mismo tiempo relativizó muchas instituciones humanas ante el valor absoluto del Reino de Dios y la adhesión a su persona. A pesar de entender el matrimonio como algo muy noble, “unido por Dios”, que al hombre no le está permitido “separar”, reconoció también la existencia loable de una vida celibataria, de “eunucos por el Reino de los cielos” (Mt 19,12). Muchos sospechan que, con esa expresión, explica y justifica su propia opción y la de algunos de sus seguidores. También habla de “dejar padre y madre, hermanos y hermanas, hijos e hijas” por él y por el evangelio (Mc 10,29), y a un aspirante al seguimiento no le concede tiempo ni siquiera para ir a dar sepultura a su padre (Lc 9,59).

Jesús practica un cierto distanciamiento de su propia familia, debido seguramente a que varios de sus parientes no lograron entender, al menos inicialmente, su actitud profética. En Jn 7,5 se dice expresamente que “sus hermanos no creían en él”, y en Mc 3,21 se va aún más allá: “los suyos fueron a hacerse cargo de él porque decían: está trastornado”. Ello hace que Jesús relativice la familia carnal; a quienes alaban al vientre que le gestó, responde que son más dignos de alabanza “los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lc 11,28); este es un pasaje muy cercano al que hemos leído hoy.

Jesús no nos invita a menospreciar ningún valor humano, tampoco el familiar; pero desea que la opción por el Reino, por el proyecto del Padre, sea la nueva óptica con que contemplemos todo, y el único valor absoluto. Por lo que respecta a la familia, Jesús ha elegido poco antes un grupo de seguidores, que son los que le van entendiendo, que constituyen su nueva familia. Su deseo es que la familia carnal se convierta también en la familia de fe; y no todos lo logran con la misma rapidez. De paso afirma

algo grave: quienes llevan su misma sangre (nosotros podríamos traducir por tradición, cultura), si no comparten su ardor por los intereses del Padre, siguen estando “fuera”.

Vuestro hermano
Severiano Blanco cmf

Severiano Blanco, cmf

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org